

Veneramos a la Virgen porque se hizo digna de ser Madre de Dios por su pureza y sumisión a la palabra divina; la tenemos como madre porque su Hijo es nuestro amado, y en cuanto más miramos hacia ella, ella nos dirige a Él. La iconografía ortodoxa siempre ha preferido presentar a la Virgen con su Hijo, del cual recibió la gloria de ser “más honorable que los querubines” y al cual, por su silencio, nos dirige. Por eso llamamos a este icono “Odiguitria”, es decir, la “que muestra el camino”.

Meditación espiritual

“Hay muchas tentaciones y peligros hoy en día para la juventud, Padre. Y estamos preocupados por esto, a pesar de nuestros esfuerzos para que nuestros hijos estén dentro de la Iglesia.

Por los niños impregnados de piedad desde su temprana edad, no teman. Si se alejaron un poco de la Iglesia con la edad o por las tentaciones, volverán de nuevo. Son como las vigas de las puertas: si desde temprano las untamos con aceite, no se pudrirán.

¿Según usted, Padre, desde que edad los hijos se tornan receptivos y cómo nosotros, los padres, debemos actuar para no tener miedo de dañarlos sin querer con nuestras exigencias?

En primer termino, los niños nos imitan, y esto desde la infancia. Desde ese momento debemos tratarlos como a un reloj: apenas se afloja su resorte, enseguida hay que darle cuerda, pero con atención y suavemente para que no se rompa por un esfuerzo excesivo.

A menudo, Padre, los niños se resisten a seguir distintos hábitos piadosos.

Cuando algo no está en orden, siempre existe una causa. ¿Puede ser, que les den mal ejemplo? ¿Puede ser que vean algunas cosas indecorosas, acciones malas, palabras duras en casa? De

cualquier manera, no se olviden, a los niños debemos servir la devoción en forma de leche, y no como comida dura y seca. Nunca hay que presionarlos y dar órdenes, sino que antes de todo, ser un ejemplo para ellos”.

Santo Padre Paicio (+1998)

En un diálogo sobre la educación religiosa de los niños

Los Santos de la Semana

Lunes 20: Santo Profeta Samuel
Martes 21: Santo Apóstol Tadeo
Miércoles 22: Santo Mártir Agathónico
Jueves 23: Santo Mártir Lupu
Viernes 24: Santo Mártir Eutijio
Sábado 25: Santo Apóstol Tito
Domingo 26: Mártires Adrián y Natalia.

Una historia de amor

Adrián y Natalia estaban casados y vivían en Asia Menor. Adrián era pagano y dignatario del Emperador. Natalia era cristiana en secreto. Durante una persecución, en una cueva se ocultaron 23 cristianos. Habiendo sido descubiertos, los capturaron y los llevaron al juzgado para anotar sus nombres. Allí se encontraba Adrián que era el director de la sala. Adrián les preguntó a ellos cual era el premio que ellos esperaban recibir de su Dios por soportar las torturas. La respuesta fue: “Cosa que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (I Cor 2:9). Al oír esto, Adrián dijo a los escribas: “Anoten mi nombre también porque soy cristiano” Después de estas palabras Adrián fue llevado a la tortura, donde encontró a Natalia, quien había confesado su fe cristiana. En ese momento tenían 28 años y ambos entregaron sus vidas por Cristo un 26 de agosto.



La Voz del Señor

Año VI - Nro 33- 19 de agosto de 2007
Domingo posterior a la Dormición de la Santísima Madre de Dios

El paradigma de vivir según la voluntad de Dios

“Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan”

En la fiesta de la Dormición de la Virgen María (15/8), la Iglesia seleccionó la lectura del episodio de la recepción del Señor en la casa de María y de Marta (Lc 10:38-42), donde dirigió a Marta su conocida palabra: “Marta, Marta, te inquietas y te turbas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada”. A continuación, leemos también la respuesta del Señor al elogio que una mujer dirigió a su madre: “Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11:27-28).

La combinación de ambos eventos en el contexto de la fiesta que celebramos el miércoles pasado nos permite meditar sobre la mejor parte que la virgen María eligió vivir. No hay duda que se trata de su disposición y entrega total a oír la palabra de Dios y a vivirla. La mejor parte fue su búsqueda de conocer la voluntad de Dios y vivir según ella.

El evangelio guarda algunos testimonios de tal actitud de la Virgen María. Así fue su compromiso en la anunciación del arcángel Gabriel: “He aquí a la sierva de Dios, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1:38). Desde entonces

aceptó vivir la voluntad de Dios durante todos los episodios que sucedieron con Jesús. Así fue su viaje a Belén para empadronarse y dar luz a Jesús; la huida a Egipto y la matanza de los niños inocentes; la pérdida de Jesús y su encuentro en el templo a los doce años; la intervención de María en la boda de Cana; y por último, la pasión de su Hijo y su presencia con Él en la crucifixión. En toda esa trayectoria, San Lucas registraba la actitud de la Virgen: “y su madre conservaba todo esto en su corazón” (2:51).

En la tierra no se puede escapar al sufrimiento, pero el que se abandona a la voluntad de Dios lo soporta fácilmente. Mira los sufrimientos, pero tiene su esperanza puesta en Dios, y así los sufrimientos pasan.

Cuando la Madre de Dios estaba bajo la cruz, su sufrimiento fue casi insoportable, porque amaba a su Hijo más de lo que se puede imaginar. Sabemos que cuanto más amamos, más grande también es el sufrimiento. Como ser humano, la Madre de Dios no podía soportar su dolor, pero se abandonó a la voluntad de Dios, y el Espíritu Santo la reconfortó y le dio fortaleza para soportar tal sufrimiento. Luego, después de la Ascensión del Señor, se transformó para todo el pueblo de Dios en un gran consuelo en las aflicciones.

El que vive conforme a la voluntad de Dios no se preocupa para nada. Si tiene necesidad de algo, el se confiará junto con su necesidad a Dios. En caso de no obtener lo que necesita, permanecerá calmo como si lo obtuviera.

La mejor obra es abandonarse a la voluntad de Dios y soportar las pruebas con esperanza. El Señor, observando nuestra pena, no nos cargará jamás por encima de nuestras fuerzas.

Observen a quien ama su propia voluntad; jamás tiene paz en el alma, y está siempre insatisfecho y descontento. El que se preocupa

por uno mismo no puede abandonarse a la voluntad de Dios de manera que su alma encuentre la paz en Dios.

El Señor dio el Espíritu Santo en la tierra, y aquel en quien Él vive siente que lleva el paraíso en sí mismo. Quizás digas: “¿Porque no tengo tal gracia?”. Es porque tú no te has abandonado a la voluntad de Dios, sino que estás viviendo a tu manera.

La Virgen María se abandonó a Dios. Y si nosotros repetimos las palabras de la Virgen - “he aquí a la sierva de Dios, hágase en mí según tu palabra” -, entonces las palabras del Señor escritas por el Espíritu Santo en el Evangelio quedarían en nuestras almas y el mundo entero sería lleno del amor de Dios. ¡Que maravillosa sería la vida en toda la tierra! Aunque las palabras del Señor están escuchadas en el mundo entero desde hace muchos siglos, los hombres no las comprenden y no quieren aceptarlas. Pero el que vive según la voluntad de Dios será glorificado en la tierra y en el cielo.

La Madre de Dios es realmente nuestra madre en el camino que fue suyo: un paradigma de vivir según la voluntad de Dios. Con Ella repetimos el cántico que dirigió a Dios, expresando sus sentimientos, su humildad ante la grandeza de la gracia recibida, su reconocimiento hacia Dios y la admirable providencia del Señor: “Mi alma engrandece al Señor, y exalta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso” (Lc 1:46-49). Amén.

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 3)

“Que se alegren los celestiales y que se

regocijen los terrenales, porque el Señor desplegó la fuerza de su brazo, pisoteando la muerte con su muerte y, siendo el primogénito de entre los muertos, nos salvó de las entrañas del Hades y concedió al mundo la gran misericordia”

Tropario de la Dormición (Tono 1)

“En tu alumbramiento conservaste la virginidad, y en tu dormición tu no abandonaste al mundo. Oh Madre de Dios porque tu has pasado a la vida, por ser Madre de la vida, y por eso libra por tu intercesión a nuestras almas de la muerte”.

Tropario de los Mártires (Tono 4)

“Tus mártires, Señor, por su lucha, recibieron de Ti las coronas incorruptibles, Oh Dios nuestro. Porque obteniendo Tu Poder, destruyeron a los tiranos y aniquilaron el poderío de los demonios impotentes. Salva, pues, Cristo Dios, por sus intercesiones, a nuestras almas”.

Kontakion de la Dormición (Tono 6)

“El sepulcro y la muerte no se apoderaron de la Madre de Dios, quien es infatigable en sus intercesiones y de irrechazables esperanzas en los auxilios. Puesto que ella es la Madre de la Vida, ha sido trasladada a la vida, por Él que habitó en su vientre siempre virginal.

Primera carta a los Corintios (15:1-11)

Os hago saber, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué... Si no, ¡habríaís creído en vano! Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue

sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, que soy como un aborto. Pues yo soy el último de los Apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien, tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído.

Santo Evangelio según San Mateo (19:16-26)

En aquel tiempo se le acercó a Jesús uno y le dijo: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?” Él le dijo: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.” “¿Cuáles?” le dice él. Y Jesús dijo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Dícele el joven: “Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?” Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme.” Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos.” Al oír esto, los discípulos, llenos de asombro, decían: “Entonces, ¿quién se podrá salvar?” Jesús,

mirándolos fijamente, dijo: “Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible.”

La Veneración a la Virgen María

El evangelista que más nos habla de la Virgen María es San Lucas. Desde el inicio nos habla de lo sucedido en la Anunciación y la Visitación a Isabel. Pues mientras Isabel recibió a la Virgen con la exclamación: “¿de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?”, la Virgen enfatizó: “engrandece mi alma al Señor... por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada...” (Lc 1:46-48). Pero dicha veneración no existe por sí, como una decisión divina, sino se atribuye a su sumisión a la vocación celestial, pues ella, la Virgen, inclinando su cabeza ante el enviado de Dios le dijo: “he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” (Lc 1:38) El mismo San Lucas nos habla de una mujer que alabó a Cristo diciendo: “dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron.” Pero Él le contestó: “Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.” (Lc 11, 27-28) No se trata aquí, como algunos malinterpretan, de privar a su madre del calificativo “dichoso” pero sí, de clarificar el razón para venerarla: ella es dichosa porque ha guardado la palabra de Dios “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.” (Lc 2:19) El evangelista San Juan, por su parte, nos comenta sobre lo sucedido ante la Cruz: “Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo.” (Jn 19:26). Todos los exegetas, antiguos y contemporáneos, identifican este discípulo amado con el mismo evangelista. Pero también la virgen se hace madre de cada cual que haga del Señor su amado y de sí mismo amado del Señor. Nadie puede tener a la Virgen como madre sin prosternarse ante su Hijo.